

CARTAS DEL DIRECTOR Antonio R. Naranjo


La Pepa, en bragas

Para una incipiente mayoría, es probable que **La Pepa** sea poco más que la protagonista de alguna película de **Pajares y Esteso**, aquel dúo que desbordó las pantallas con tetas democráticas en la España posfranquista.

Pero los chavales estudian los ríos de Murcia, el clima de Cuenca o la vegetación de la ribera del Henares, según los peajes de un programa lectivo que sublima lo autóctono en interminables asignaturas engordadas artificialmente, como un pollo con pienso, para colocar un número suficiente de libros inanes, sólo válidos a efectos de balance de las editoras: no se conoce protesta alguna de los **docentes** contra este atraco a los chavales, a quienes se condena a aprender inutilidades a toda pastilla, aunque no han faltado mareas verdes para imponer la absurda jornada continua entre otras heroicidades tan relacionadas con la educación pública como la velocidad con el tocino.

En ese contexto fluvial, de salmones remontando ríos secos para desovar en orillas desérticas, la **política** actúa como un acelerador de prejuicios, alérgica al dato e inmune a la idea, que se limita a **inflamar** las certezas ovinas del respetable. Sin llegar a ser una ciencia, en realidad la política permite una observación objetiva de las capacidades, logros, fracasos y balances de casi cualquiera que, pese a sus contrastables evidencias, soflama la atmósfera con un discurso de sapos y culebras tan vacío como una escuela sin niños.

Cuando **Tomás Gómez** carga en sus rivales madrileños toda suerte de maldades, fracasos e intenciones, puede contrastarse fácilmente la veracidad de su diagnóstico y la credibilidad de sus recetas: el paro, la renta y el crecimiento económico de Madrid siguen siendo un oasis en el páramo nacional, por mucho que haya perdido palmeras y haya no pocos escorpiones rondando por las cercanías de la menguante reserva de agua.

Y para medir al flamante líder socialista basta con repasar su currículum en el único lugar donde ha podido aplicar, sin obstáculos, su capacidad de gestión: **Parla** es una de las cuatro ciudades más endeudadas de España por su propio Ayuntamiento, lo que parece denotar una cierta tendencia a transformar en Gomorra la



presunta Arcadia de sus desvelos. No es algo ideológico. A **Camps**, sables y desastres apartes, se le puede

juzgar como al dudoso Kennedy parlero para concluir que ante todo fue un incompetente y un irresponsable

en el manejo suicida del dinero de todos: la deuda valenciana y el paro son las únicas herencias política medibles de tantos años de fallas y de fallos.

Barreda o **Gallardón** pertenecen a esa misma estirpe de niños cantores de nanas para enanos que nadan en la nadería, dispuestos a ahogar al votante en su superstición con tal de evitar que la realidad contradiga su prejuicio.

Mientras la política viva entre el aplauso borrego o el ingreso en la cárcel y la consigna barata siga siendo la primera herramienta del aspirante a cualquier cosa, seguirá siendo una **jamelga culona**, una **Pepa desbragada** para dueños y usuarios de una enorme Casa de Lenocinio donde putas y puteros trabajan como burros para la madame sectaria, frívola, cutre, egoísta y dañina de turno. **Posdata**. **Matas** ha sido condenado a 6 años de cárcel: Roma sí paga trai-

Mientras la política viva entre el aplauso borrego o el ingreso en la cárcel y la consigna barata siga siendo la primera herramienta del aspirante a cualquier cosa, seguirá siendo una **jamelga culona**, una **Pepa desbragada** para dueños y usuarios de una enorme Casa de Lenocinio donde putas y puteros trabajan como burros para la madame sectaria, frívola, cutre, egoísta y dañina de turno

dores, pero sólo durante un tiempo. Es un primer paso. El bueno llegará si **Rajoy** tiene el valor para recortarse a sí mismo: al lado de **Zapatero** parece Adenauer, pero de momento ha optado, como todos, por empezar la casa por el tejado. Es más fácil quitar un poco más de las nóminas a muchos o hacerles trabajar hasta los 67; pero es más justo, decente y necesario ahorrarse los 65.000 millones de euros anuales que gasta de más la Administración en ella misma.